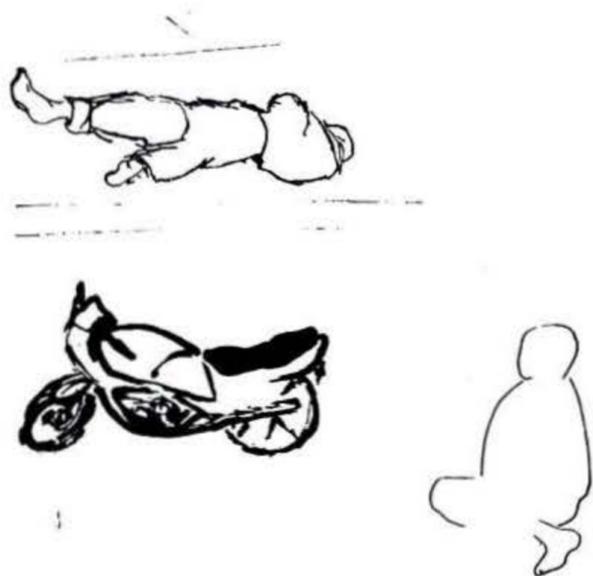


aprecia el tránsito de lo ingenuo a la Academia que es marcado por los paisajistas, pocos de ellos logran trascender el pinturerismo, como Ricardo Borrero Álvarez, para darle al paisaje otra dimensión.



La sala 3 enmarca la irrupción del arte moderno en Colombia. Figura descollante lo fue el controvertido Andrés de Santamaría. Le siguen Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jaramillo, Luis Alberto Acuña, Carlos Correa y Débora Arango, signados en sus inicios por la preocupación social.

La sala 4 reúne a Fernando Botero, Juan Antonio Roda, Alejandro Obregón, Enrique Grau, grupo cuya trascendencia en la pintura es ya de todos conocida, y la de los más grandes escultores de nuestra contemporaneidad: Eduardo Ramírez Villamizar, Edgar Negret y Feliza Bursztyn.

En la sala 5 se aprecia el legado de Guillermo Wiedemann, pintor alemán radicado en Colombia, cuyo asombro por el trópico lo lleva a asimilarlo y expresarlo como pocos lo han logrado, con tanta sensibilidad y transparencia.

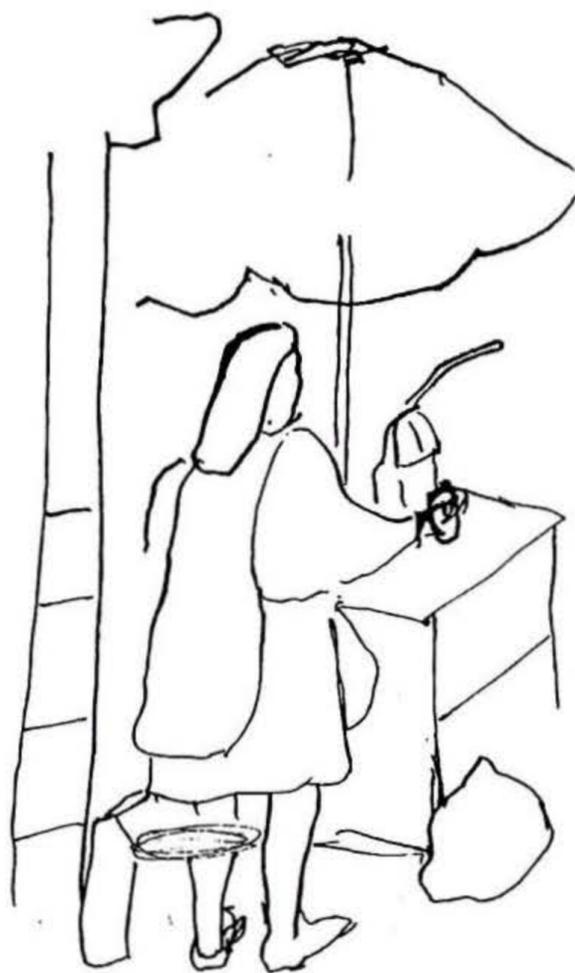
En verdad, en este apasionante recorrido, no hay necesidad de hablar de escuelas o tendencias. En el segundo piso el arte sigue su desarrollo, tan híbrido y mestizo como el nuestro. Las salas 6 y 7 nos colocan frente a frente con Ómar Rayo y su arte óptico, inalterable aunque ascendente a través de los años; con Carlos Rojas y Fanny Sanín y sus particulares tendencias geométricas, Cecilia Porras, Carlos Granada, Bernardo Salcedo, Norman Mejía —inolvidable su *Horrible mujer castigadora*—, renovadores e irreverentes

con sus concepciones de ruptura, y, en fin, una etapa rica, quizá, una de las más controvertidas del arte colombiano.

La sala 8 nos descubre a Luis Caballero, cuya obra deja desnudos ante los espectadores su rigor artístico y su intelecto, su gran sensibilidad y su maestría.

La sala 9 reúne la mirada asombrada de fin de siglo de un grupo de artistas que oscilan entre la violencia social y la soledad del hombre, la alucinación y la esperanza. Luciano Jaramillo, Beatriz González, Lorenzo Jaramillo, Ana Mercedes Hoyos, Juan y Santiago Cárdenas, Óscar Muñoz, nos entregan su personal visión del mundo y su variedad enriquecedora. En medio de la sala, uno piensa que el tiempo no ha pasado en vano y que, muchas veces, sobran las palabras.

Estamos en las puertas del siglo XXI. La sala 10, la menos permanente de todas porque habrá decantamientos e irrupciones, agrupa inicialmente a Carlos Salas, Bibiana Vélez, Diego Mazuera, Carlos Salazar y Delcy Morelos, entre otros, quienes asumen el avance como un reto despojado de trascendentalidad.



Por otro lado, para mayor riqueza de la colección, están los artistas latinoamericanos, mínima pero significativa muestra del esplendor de nuestro con-

tinente. Armando Reverón (Venezuela), David Alfaro Siqueiros (México), Joaquín Torres García (Uruguay), Rogelio Polesello (Argentina), Julio Alpuy (Uruguay), Jesús Rafael Soto (Venezuela), Vicente Rojo (México), Francisco Matto (Uruguay), Jacobo Borges (Venezuela) o Manuel Felguérez (México), se erigen en compañeros de viaje de nuestros artistas.

Visitar, pues, esta Colección es una cita obligada para quienes somos amantes del arte y una invitación a sentir orgullo por Colombia. Quien lo haga, comprenderá por qué, después de treinta y un años, sigo siendo un asiduo visitante de las exposiciones que programa la Biblioteca Luis Ángel Arango. Y puedo repetir, sin lugar a equivocaciones, aquellas palabras que escribiera en un suplemento literario por aquellos años de mis inicios: *Pocas veces en Latinoamérica ha existido un centro de cultura cuya constante preocupación haya sido mantener al público en contacto con las manifestaciones artísticas y literarias como la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. La parte literaria y humanística por su biblioteca en sí, sus salas de lectura, sus recitales, sus conferencias. La parte artística por sus dos bellísimas salas, en cuanto a la plástica, y su sala de conciertos, en cuanto a la música.* (Semana Dominical, 13 de septiembre de 1970, pág. 6)

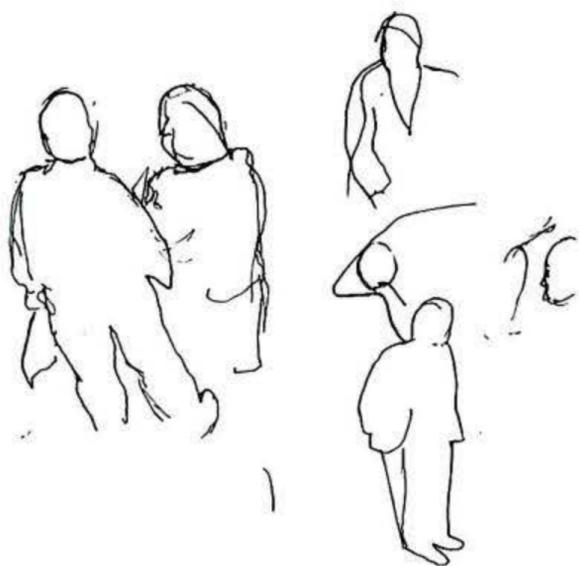
BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ

## Discurso sobre retórica en la economía

El manejo grácil del lenguaje ha sido siempre, y lo sigue siendo, requisito de todas las profesiones. No sólo porque la comunicación de las burocracias modernas es escrita, para dejar trazas de la conducta de los funcionarios y establecer sus responsabilidades, sino porque la comunicación de las ideas, de las teorías, de las técnicas, de las organizaciones, de los actos y funciones y de los informes debe hacerse por escri-

to. Ese escrito debe ser diáfano, que no deje lugar a ambigüedades y errores, sucinto y aun atractivo, para facilitar la lectura, e incluso, para seducir al lector.

Es frecuente el alto funcionario político que no puede preparar sus propias intervenciones públicas habladas o escritas y tiene que depender del escritor y buen profesional que le haga el trabajo tanto de contenido como de forma de lo que va a expresar, lo que sólo prueba que la capacidad profesional no es garantía de éxito en el mundo de la política. Lo mismo no es tan cierto en el mundo de los negocios privados. Lo ideal en ambos casos es un profesional que piense claramente, que tenga una gran capacidad de absorber conocimiento e información y que pueda acompañar el cambio tecnológico y científico.



Cuanto más elevada la posición profesional o científica en el mundo académico, más necesario es el manejo preciso del lenguaje y más complejo es éste, porque se trata de desarrollar las ciencias y de comunicar unos resultados de esos avances y discusiones a la comunidad de especialistas y a la sociedad en general. En forma similar, en el mundo de los negocios corporativos, es requerimiento del personal más alto escribir bien, porque tiene que relacionarse con sus accionistas, los medios, un número grande y diverso de subordinados y entre este personal y la dirección.

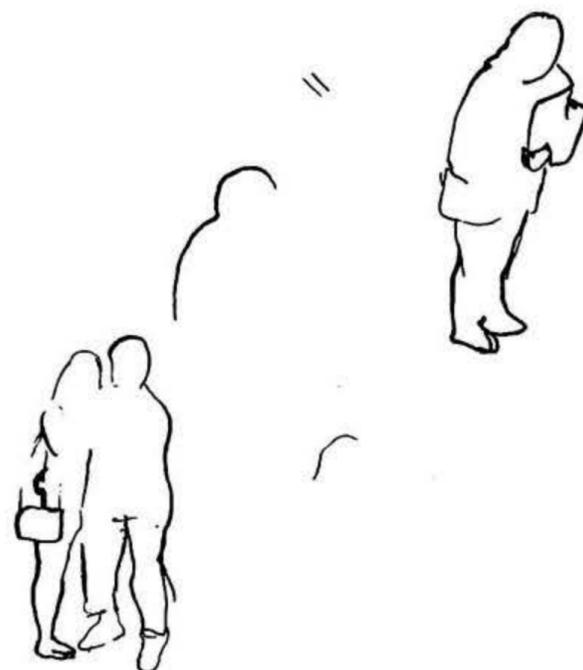
En la enseñanza de las profesiones se introduce desde temprano la dicotomía entre el lenguaje de la profesión y el lenguaje en general. La tendencia hacia la especialización y hacia escribir exclusivamente para la comunidad de iniciados, lleva al sacrificio del len-

guaje inteligible aun para las personas cultas y sólo los preocupados por dar a conocer a un público más amplio el estado de la profesión, de la técnica o de la ciencia se imponen la difícil tarea de manejar con buena lógica (gramática) y buen estilo el lenguaje general. En nuestro país, los profesionales tienden a hablar mediocrementemente el lenguaje base de su actividad pero hablan y escriben definitivamente mal el castellano. Se pueden comunicar mal que bien entre sí, pero definitivamente no con el resto de la sociedad.

La estrecha actitud en Colombia de promover la especialización desde el comienzo de las carreras deja por fuera los cursos de español y de literatura que deben ser un incentivo al conocimiento y hacia la absorción de cultura y de sus cambios; en esencia, de formar buenos lectores y escritores acometidos por la curiosidad. Pero el problema no se arregla con un par de cursos, sino con un sistema que permita las multidisciplinas y que exija en todos los cursos cargas intensas de lectura y escritura. La enseñanza de otros idiomas en sus aspectos literarios y gramaticales permite profundizar en las peculiaridades del lenguaje nacional, y por eso es otro elemento que complementa su buen uso. Aquí vuelve a cobrar importancia aprender el idioma en el cual se están dando los avances de la profesión, que en el caso de economía es el inglés. Ello sería, además, un paso en la dirección de escapar del fácil parroquialismo que nos envuelve. Se trata de mantener el contacto con los movimientos de la ciencia a través de sus revistas y aplicaciones, sin tener que esperar a su traducción que toma muchos años y que deja por fuera la gran mayoría de lo producido internacionalmente.

Pareciera que estamos educando para saturar los mercados de trabajo y no para que los ciudadanos tengan acceso a la buena vida que puede alcanzarse con la educación, en el sentido filosófico del término: que disfruten de las letras, de las artes y que absorban los cambios culturales y sociales, incluyendo los cambios en su propia profesión. Si ése fuera nuestro ideal y se cumpliera, sería también un mejor profesional con autodisciplina para continuar estudian-

do toda su vida. Tenemos, por el contrario, un sistema que no produce profesionales cultos, sino personas formadas por una sola vez, o sea que tienen memorizado por unos cuantos años un conocimiento que ya estaba petrificado cuando fue impartido. Muchos de ellos no tienen capacidad de aprehender los cambios en las ciencias y de los que diariamente ocurren en sus profesiones porque simplemente no tienen la disciplina de lectura compleja. No vuelven a leer un libro porque supuestamente se quemaron las pestañas cuando estaban en la universidad.



Entre la misma comunidad de profesionales o científicos tienden a perpetuarse barbarismos gramaticales, anglicismos u otros ismos, pues no consideran necesario conocer y guiarse por las reglas básicas del lenguaje y en las que no se premia la claridad de expresión sino la dificultad que encuentre el lector para interpretar el texto. Tales desviaciones y ausencia de claridad conducen a reducir el rendimiento de la comunicación de la investigación y, por tanto, frenan el desarrollo del conocimiento. Sin embargo, es casi un axioma que la claridad conceptual se traduce en claridad de la expresión y que los mejores científicos y profesionales escriben con buen estilo para defender mejor sus posiciones y ganar un mayor número de adeptos para ellas.

En economía, Keynes desarrolló una brillante retórica y un estilo muy atractivo, y en su vida privada cultivó la compañía de escritores, dramaturgos y psicoanalistas, de los cuales aprendió mucho, según su propio reconocimien-

to. Paul Krugman, quien es hoy en día uno de los más brillantes matemáticos de la teoría del comercio internacional, escribe ensayos que sólo entienden los duchos en teoría de juegos y en procesos estocásticos, pero también libros para un público más amplio, a favor de políticas liberales que contribuyen así a frenar las tendencias chovinistas y antiinmigratorias que pululan en los Estados Unidos; lo hace, además, con un estilo brillante y exacto. Frecuentemente se encuentra la fusión de la filosofía, de la economía, de la ciencia política, de la arquitectura y de otras profesiones con el periodismo, cada cual informando al gran público de sus labores y hallazgos, haciéndolo con gracia y contribuyendo así a la educación de masas.

En el Banco de la República tenemos el problema de muchos excelentes economistas que escriben trabajos muy especializados, que pueden ser comunicados a los círculos académicos anglosajones y a los de la banca central en América Latina, pero que son desconocidos en la sociedad colombiana, por no haber un suficiente número de ellos que le inviertan tiempo a "traducir" para el público de estudiantes y aun economistas egresados de nuestro sistema universitario los hallazgos que hacen. Se encuentran con demasiada frecuencia anglicismos, porque han trabajado mucho en inglés y no existe la preocupación por el logro de una comunicación clara y atractiva en español.



Yo soy de la idea que el economista tiene una responsabilidad social y debe informar al mayor número de personas de lo que sucede en su campo y de educarlas en lo posible. Por eso he escrito

con entusiasmo un texto de bachillerato de historia económica y hasta participé indirectamente en una serie de textos escolares sobre español y literatura. Por eso también valoro mucho más lo que escribe un profesor y que pueda ser reproducido para miles de estudiantes que el número de clases que dé.



Un autor norteamericano, Donald McCloskey, ha argumentado en su libro *La retórica de la economía* (Alianza Editorial, 1985) que la economía puede aprender mucho de la lingüística y de la crítica literaria como disciplinas, por su habilidad de desentrañar las formas y los contenidos de la literatura, pero que ha preferido orientarse por la física newtoniana, en la forma de ecuaciones matemáticas y métodos estadísticos. Los economistas escriben ecuaciones y hacen complejas pruebas econométricas que tienden a sustentar sus prejuicios, lo cual hace muy largas y dogmáticas las discusiones. Han adquirido así un lenguaje más matemático-formal que literario. La retórica no es nada peyorativo —no quiere decir discurso hueco— sino, por el contrario, es la forma de argumentación que se aplica en la mayor parte de las ciencias, en las profesiones y en la propia literatura. McCloskey afirma que la argumentación literaria puede ser una fortaleza en la economía y que el aparente modernismo del lenguaje matemático frecuentemente nubla la propia argumentación teórica.

En ese orden de ideas, una mayor y más clara argumentación literaria mejora la prosa económica, mejora la comunicación entre los economistas y

aumenta el número de personas que la puede entender. En la misma dirección, la retórica mejorará la enseñanza de la economía al poder transmitir la complejidad de las ideas en forma más clara y secuencial. Más aún, la retórica clara contribuirá a mejorar las relaciones de la economía con el resto de las ciencias sociales y con otras disciplinas, con claros beneficios en todas las direcciones para el desarrollo de las ciencias. La retórica, en sí misma, según McCloskey, mejora el razonamiento económico, sobre todo por el carácter crítico que permite, al mostrar como se van desplegando los argumentos, su interrelación, su necesidad y conclusiones. Una última ventaja de la retórica que enuncia McCloskey es que mejoraría el carácter de los economistas, puesto que serían menos dogmáticos, más abiertos, y discutirían sus trabajos en términos de una retórica más aceptada por cada cual, que fuera más literaria que matemática o estadística; podrían, además, discutir con colegas de otras disciplinas y con el público en general, lo cual los haría menos neuróticos.

Lo que les hago aquí entonces es una invitación a adentrarse en una aventura con la economía y su lenguaje peculiar, pero junto con el lenguaje del español, para que logren expresarse mejor, para que puedan recorrer un más extenso terreno cultural y profesional y para que luchan contra la especialización temprana de nuestro sistema de educación superior y evitar así que los conduzca a saber poco, a expresarlo en forma deficiente y hacerles muy difícil el poder renovarlo.

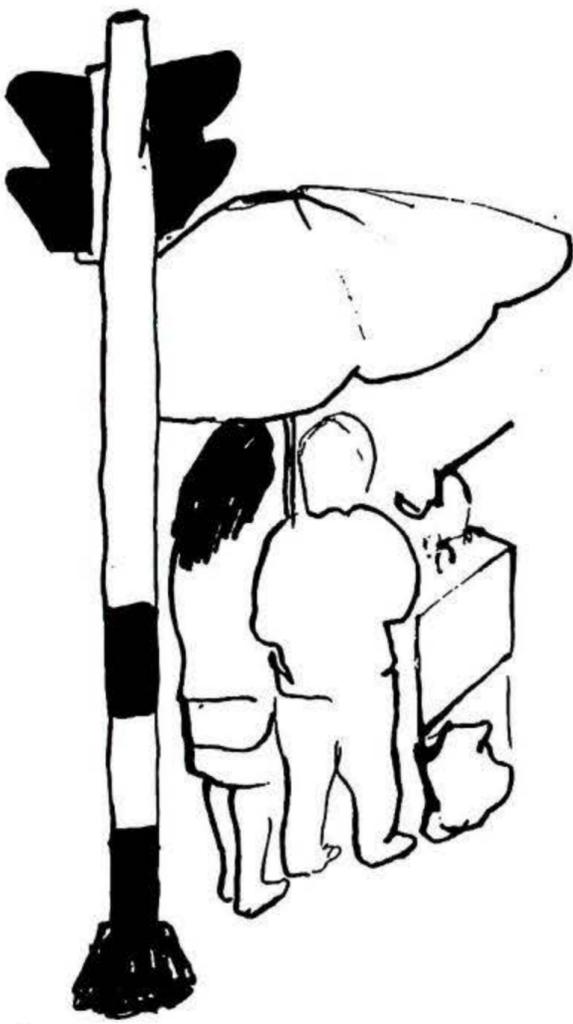
Universidad del Rosario, mayo de 1996

#### De la literatura a la economía

Adenda a *Discurso sobre la retórica en la economía*

He estado leyendo a un escritor norteamericano, Raymond Carver, quien es de origen humilde y autodidacto en gran parte, aunque en cierto momento recibió una educación formal que le ayudó mucho. Me identifico con él porque es muy sintético y contundente. Él dice que no se podía concentrar ni en la lectura extensa ni en la escritura a gran escala; así que se dedicó al cuento cor-

to y a la poesía. Yo creo, junto con él, que el público que uno pueda tener — no sólo los economistas sino también la opinión en general— está muy ocupado y que es necesario ser corto e ir al grano. Otro economista que estará de acuerdo conmigo es Miguel Urrutia, al acusarse de escribir demasiado corto, en un país que tiene una tradición oratoria y escrita en sentido contrario. En esta breve adenda cito del ensayo de Carver *Escribir*, contenido en el libro *La vida de mi padre. Cinco ensayos y una meditación* (Editorial Norma, 1996).



Más allá de la expresión corta hay algo que rescata Carver de Ezra Pound, otro escritor norteamericano, quien afirma: “La exactitud fundamental del aserto es la *única* moralidad de escribirlo”. La exactitud implica buscar no sólo la palabra precisa —cuestión que depende de la riqueza del lenguaje, que surge de leer mucho, combinada con un buen diccionario— sino de asombrar al lector, despertar su curiosidad y presentar la frase con claridad, sin posibilidad de ambigüedad. Para escribir bien hay que entender lo que se está diciendo, y hay economistas que escriben enredado para ocultar su falta de claridad o simplemente reflejándola.

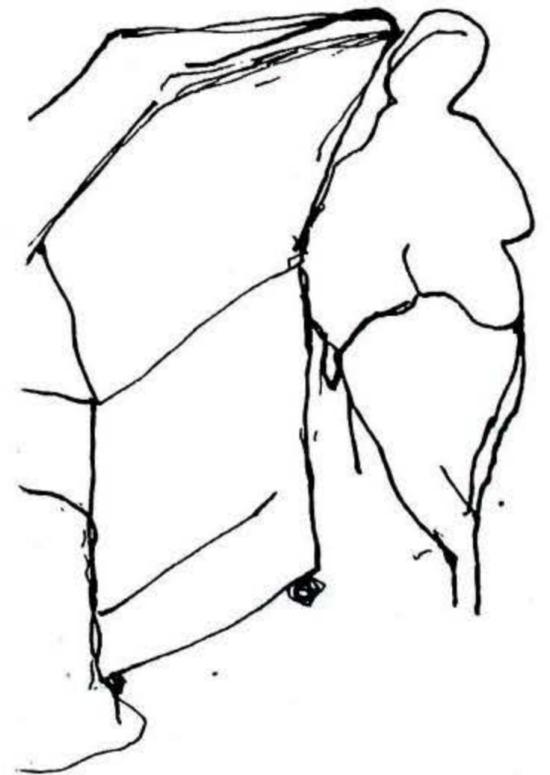
Debe existir también la actitud de hacerse entender, cuando se trate de comunicar con un público más amplio, de traducir a un lenguaje sencillo, pero a la vez preciso, lo que dice nuestra enredada disciplina. Uno de los atributos que le encontraba el economista Thomas Sargent al laureado por el Nobel de 1996 Robert Lucas era que “escribía bien, con claridad”, a pesar de la complejidad matemática que había desarrollado para presentar sus modelos de expectativas racionales, aunque el propio Lucas no se ha preocupado mucho por sobrepasar la comunidad de especialistas.

Otro consejo de Carver al escritor es el de “nada de trucos”. Ni demasiado ingenio ni tampoco clisés, o sea frases muy usadas y presuntamente sobreentendidas, o sea nada de que “el palo no está para cucharas”, o se acercó a la meta con “nadadito de perro”, etc., como lo hacen nuestros columnistas favoritos. Es más fácil inventar que trajar con lo reentendido que por su propia razón puede resultar ambiguo. No tratar de descrestar al lector con la superioridad del escritor ni con el lenguaje especializado de la profesión. Lenguaje directo, franco, sin artimañas, tratar de descubrir lo que está cubierto, agregaría yo para el economista o cualquier profesional de las ciencias sociales.

Tratar de imitar a otro escritor implica estar cerca del fracaso, porque el autor debe forjarse a sí mismo, luchando por el lenguaje exacto, lo que no quiere decir con palabras raras. El economista debe escribir el lenguaje de su profesión, de nuevo con exactitud, pero también el simple que le pueda entender un público más amplio. Carver lo expresa mejor: “Es posible, en un poema o en un cuento, escribir sobre cosas y objetos comunes y corrientes usando un lenguaje común y corriente pero preciso, e impartirles a esas cosas —una silla, una cortina, un tenedor, una piedra, un arete de mujer— un poder inmenso, incluso perturbador. Es posible escribir un diálogo aparentemente inocuo y producir un escalofrío en la espina dorsal del lector...”

No es sólo la precisión de la palabra lo que hay que buscar sino también la buena sintaxis, como lo dice Isaac Babel: “Ningún hierro puede penetrar el

corazón con tanta fuerza como un punto colocado en el sitio preciso”. En Colombia tenemos una tradición de muy buenos filólogos que dominaron la política entre los finales del siglo XIX y los primeros 20 años de este siglo, según Malcom Deas. Después fueron desplazados por los abogados, más recientemente por los economistas y ahora se perfilan los matemáticos y los físicos. Esa tradición se ha perdido mucho, desafortunadamente. Hay que absorberla y conocer la gramática castellana en acción. Eso fue lo que hizo alguna gente del Moir durante los años setenta, pero no sirvió mucho para darle claridad a su mensaje político, que era bastante ladrillado. Pero ese es otro problema, pues la intención es válida. Una de las fallas de los economistas con formación anglosajona —yo me incluyo entre ellos, aunque ya menos— es que no estudiaron la gramática y la literatura castellanas y entonces llenan sus escritos de anglicismos y construcciones gramaticales inglesas, sin llegar a tener conciencia de que están enredando el lenguaje y perdiendo claridad frente a sus lectores.



Una última observación de Carver que me parece pertinente: el escribir es una disciplina dura y hay que invertirla todo el tiempo del mundo. No hay excusa por haber publicado algo sin haberlo trabajado lo suficiente y que tiene deficiencias que las conoce el autor. Es peor aún si no tiene conciencia

de ellas. Carver, siguiendo a Evan Connell, dice: "Un buen escritor sabía que había concluido un cuento cuando se descubría repasándolo y quitándole comas y luego volviendo a recorrerlo y poniéndole comas en los mismos lugares [...] respeto ese tipo de cuidado con lo que se está haciendo. Es todo cuanto tenemos finalmente, las palabras, y es mejor que sean las apropiadas, con la puntuación en los lugares correctos, para que puedan decir lo mejor que están destinadas a decir". En otro ensayo sobre la reescritura, Carver defiende su posición de cambiar sus cuentos y poemas en sus diferentes reediciones, como diciendo que el proceso de perfeccionamiento de la obra no tiene fin.



Esta adenda ha querido extender el mensaje de escribir no sólo para la profesión sino para el público y hacerlo corto, preciso, sobre todo con honestidad, a veces con brujería, produciendo asombro, con buena sintaxis y trabajando el escrito hasta cuando diga lo que uno quiso que dijera, que bien puede ser nunca.

Universidad de Cartagena, febrero de 1997

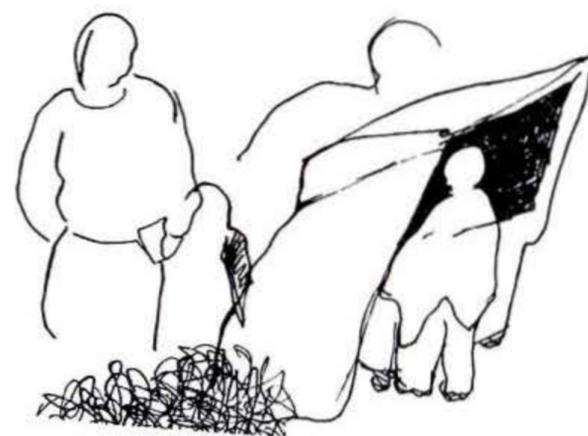
SALOMÓN KALMANOVITZ

## Obras musicales colombianas publicadas por Mundo al día

### La labor cultural del gráfico bogotano Mundo al día (1927-1938)

Entre 1924 y 1938 se publicó en Bogotá el diario gráfico vespertino Mundo al día, propiedad de Arturo Manrique (Tío Kiosko) y dirigido por su dueño junto con Luis Carlos Páez. Circulaba todos los días de la semana a excepción de los domingos y ofrecía una edición especial los sábados, a manera de magacín, con las secciones usuales y además portada en colores, la popular tira cómica "Mojicón", una sección infantil, breves escritos de carácter literario y durante algunos años, una partitura musical al reverso de la portada. Las acuarelas, dibujos y caricaturas de Gómez Leal, Adolfo Samper y R. Scandroglio complementaron la rica imagen gráfica que tuvo la publicación al tiempo que la dotaron de interés artístico. El espíritu del periódico era liberal y los hechos en torno a la candidatura, elección y gestión de Enrique Olaya Herrera como presidente de Colombia, como también su muerte en 1937, se cubrieron prolíficamente. El Mundo al día ofreció a sus lectores un periodismo moderno, ágil y variado. Rico en reportería gráfica, tuvo corresponsales en París y Nueva York y sus directores se esmeraron en ofrecer información sobre el país entero, si bien primaba la nota sobre la capital y las actividades que en ella se desarrollaban. Ofreció secciones de variedades en donde se reseñaron eventos capitalinos sociales y culturales particularmente útiles para los interesados en la vida cultural de Bogotá hacia 1930. El cubrimiento de espectáculos ofrecidos en la capital y de la programación radial, hacen de Mundo al día, una rica fuente de información acerca de la vida musical capitalina en los años de su publicación. A partir de 1934 la publicación pasa a ser un magacín que aparece sólo los sábados.

Para la historia de la música y el periodismo musical en Bogotá, resulta de especial interés el conjunto de composiciones difundidas entre 1927 y 1938, con un total de 215 títulos (uno de ellos repetido: *Lejanías* de Isabel Farreras), tal vez, la muestra más significativa de música popular colombiana, publicada en un periódico nacional. Su propietario y coeditor, el poeta aficionado y periodista Arturo Patiño, fue amante de la música colombiana y perteneciente al círculo bohemio capitalino. No es de extrañar entonces, el entusiasmo con el cual la dirección del gráfico abrazó el proyecto de la publicación de partituras de música colombiana. Según nota aparecida en la edición del 23 de julio de 1938, con motivo del fallecimiento de la compositora Isabel Farreras vda. de Pedraza, fue ella "la iniciadora y sostenedora de la página musical que cada sábado publicamos". Colaboraron con Isabel Farreras en la tarea de escoger el repertorio, según la misma nota, Emilio Murillo, Guillermo Quevedo Z., Martín Alberto Rueda y Alberto Urdaneta. La participación de Emilio Murillo también fue definitiva en la política nacionalista que tuvo la publicación, sobre todo en lo referente a la música. Murillo escribió un buen número de artículos sobre el tema, si bien en su estilo un tanto vago y anecdótico.



Hubo otras publicaciones periódicas que por la misma época incluyeron una que otra partitura en sus hojas, pero ninguna con la asiduidad y periodicidad de Mundo al día. Había en Bogotá imprentas que se encargaban de publicar obras musicales y cultivaron una clientela específica. Pero dichas imprentas (Conti, La Luz, Navia, etc.) tenían una misión diferente, más especializada. En